

ERAMOS DOCE

Novela de GONZALO CANAL RAMÍREZ

Prólogo de RAFAEL MAYA

Comienzo por confesar que soy un mal lector de novelas. Las mejores de ellas se me caen de las manos, después de haber recorrido un centenar de páginas. No puedo evitarlo. Por eso me admira a mi mismo el gusto y la felicidad con que he leído, por dos veces, y desde la primera hasta la última página, esta novela de Gonzalo Canal Ramírez, titulada **Eramos Doce**. La novela me ha apasionado, en verdad, y eso es lo que quiero que conste en estas líneas que escribo, no como crítico, sino sencillamente como lector. Además, se trata de una opinión personal, tan personal, que excluye hasta la más remota posibilidad de polémica. La novela -lo repito una vez más- me ha deleitado, y ha dejado en mi ánimo una impresión duradera. Su ambiente y sus personajes están presentes en mi imaginación y la han impregnado de un cierto aroma de poesía intensa y trágica, que no se desvanece ni con los días, ni con lecturas subsiguientes, de índole muy diversa.

La novela de Canal Ramírez es en parte americana y en parte europea. Por lo que pudieramos llamar el sentimiento, es americana; y por lo que -a falta de otro nombre denominaremos la tesis, es europea-. Pero ¿se trata, efectivamente, de una novela de tesis? Yo sé que los relatos así catalogados infunden sospechas, pues se los tiene como obras moralizantes o de-

magógicas, más que como invenciones artísticas. No pertenece a este género la obra de Canal Ramírez. Allí, prácticamente, no se propone tesis alguna, ni se pretende sacar adelante ninguna doctrina. Hay, eso sí, una idea central, muy actual y profundamente humana, que sirve de eje a la narración, pero que aparece diluida en el curso del relato, a manera de nervio o de hilo conductor de toda la novela. Esa idea le presta importancia espiritual, y estructura al relato que, entre otras cosas, produce la impresión de cosa bien ajustada y armónica.

A mí no me disgustan las novelas de "tesis", a decir verdad, siempre que estas tesis no sean artículos del Código Penal, máximas del Catecismo, o escuetos postulados de sociología. Pero cuando, en lugar de este tipo de tesis científica o pedagógica, ofrece la novela un centro de interés consistente en el planteamiento y desarrollo de una idea importante, me parece que la novela, lejos de desmerecer, se aquilata y supera. Eso es lo que sucede con **Eramos Doce**.

El episodio central de la novela de Canal Ramírez ocurre en la ciudad de Colonia, en Alemania, durante la última guerra mundial. No obstante haberse escrito tanto en el mundo sobre destrucción y ruinas ocasionadas por las bombas, y a pesar del sinnúmero de películas sobre este mismo tema, la na-

rración de Canal Ramírez apasiona. Sin "tremendismo" premeditado, ni voluntad deliberada de trazar cuadros de horror, la tragedia surge naturalmente de esas páginas, traída por la lógica de los acontecimientos.

Hay un realismo escueto y sombrío en esos cuadros, ya se trate de los estragos materiales, o del ambiente de los tugurios en que se refugia una juventud nihilista, que concentra en la sensualidad su tremenda y continua angustia de morir de un momento a tro. Entre las figuras que pueblan esos tugurios, escenario de inusitadas bacanales de estudiante, se destaca uno de los protagonistas principales de la obra, el filósofo mutilado, verdadero despojo de la guerra, llamado Guenther, que es una figura de extraordinario relieve, sinistra y atractiva al mismo tiempo. Este Guenther, más que un personaje, es un estado de alma. Es un símbolo de la conciencia europea, en los años inmediatamente posteriores a la gran catástrofe. Al lado suyo cobra singular prestigio moral Silva, otro despojo de la guerra, la cual conserva su estructura interior de gran mujer y de maravillosa madre frustrada.

Muchas otras figuras discurren por la novela de Canal Ramírez, todas ellas vivas e interesantes. A esto es necesario agregar las transiciones, bien estudiadas, de ambiente físico y moral, pues de las ruinas de Colonia nos hace pasar el autor a campos no tocados por la guerra y rincones de paz, donde el hombre parece renovarse, en contacto con las faenas agrícolas. Las descripciones del mar y de los incidentes de una larga navegación, que ocupan buena parte de la

novela, son pasajes de penetrante intensidad poética. Sin ser una novela lírica, ni mucho menos, hay poesía, auténtica poesía, en muchas páginas de **Eramos Doce**. Algunas frases quedan flotando en la memoria como fragmentos de poemas, arrancados a la brisa marina y a las constelaciones tropicales.

Ignoro si Gonzalo Canal Ramírez, quien ha visitado en varias ocasiones a Europa y estudiado en sus universidades, fue testigo de alguno o algunos de los episodios que narra en **Eramos Doce**. En todo caso, su pintura de ambientes y de caracteres morales indica ese vigoroso poder de asimilación que es propio del hombre hispanoamericano, principalmente del colombiano, y que le hace contemporáneo de todas las edades y natural de todos los climas. Lo digo sin asomo de exageración. "Resurrección" de Rivas Groot, "De Sobremesa" de Silva, y "Phinés" de Emilio Cuervo Márquez, nos han dado una imagen exacta de culturas extrañas, tan exacta que un lector extranjero podría equivocarse fácilmente acerca de la nacionalidad de sus autores. A esas obras es necesario agregar **Eramos Doce**, de Gonzalo Canal Ramírez.

Nuestro ilustre y conocido compatriota ha realizado una obra fuerte, pero sin exageraciones naturalistas; intencionada, pero sin doctrinismos chocantes; poética y realista, pero sin que sea un poema ni "documento humano". Ha evitado los extremos. Sobre todo, no ha creído que sea necesario, para dar impresión de la verdad, renunciar ni al decoro del estilo ni a la dignidad del hombre.